

Aspectos Filosóficos

AN Dr. Patrick Wagner Grau

Introducción

La palabra muerte viene del latín mors, mortis, que no significa fin, significa freno, bloqueo. O sea, muerte es el freno a la vida biológica. En francés por ejemplo mors, representa las riendas del caballo, el instrumento para dirigir su marcha. Por lo tanto, la muerte es un bloqueo, un freno a la vida biológica. Aunque no sabemos qué pasa después, es interesante concluir que, desde el punto de vista etimológico de ninguna manera se considera a la muerte como fin.

La muerte en filosofía es indudablemente un problema y también un misterio. En filosofía hay dos grandes temas. Los temas que son problemas y los temas que son misterio. Gabriel Marcel, uno de los grandes filósofos franceses, decía que hay temas en filosofía que son problemáticos y que pueden superarse y deben tratarse. Y que hay temas que son misteriosos, místicos y que no se pueden tratar, no se pueden superar, porque son una niebla que nos rodea y de la cual no podemos salir. Una piedra que se nos pone en el camino es un problema que podemos sortear. En el caso de la muerte, ella es a la vez un problema y un misterio. Y ese misterio lógicamente es el tránsito a lo desconocido, el tránsito a lo irreversible y, sobre todo, el tránsito a lo definitivo, desde el punto de vista biológico.

La muerte en el pensamiento filosófico de la Grecia clásica

A lo largo del pensamiento filosófico occidental, no vamos a hablar tanto del oriental, hay diversas posturas filosóficas, diversas posturas que se van a plantear brevemente.

En la Grecia Clásica, Demócrito formuló su famosa teoría atomista según la cual todos los seres humanos y todas las cosas del mundo, estaban constituidas por átomos. Átomos más o menos grandes, más o menos pequeños, que van a constituir el cuerpo y el alma, Demócrito sostenía también que los átomos del alma son átomos finos en permanente actividad, en permanente dinamismo. Ese dinamismo de los átomos del alma es lo que producía la vida. O sea que la vida era sinónimo de dinamismo, del movimiento atómico, o atomista de los átomos finos del alma. ¿Y qué era la muerte?. Pues el reposo total y definitivo de esos átomos. O sea, el fin del movimiento. Cuando los átomos se “cansaban”, dejaban de moverse, de actuar, de dinamizarse, sobrevinía entonces la muerte necesariamente. Esta teoría atomista es una visión del más puro tipo mecanicista. Significa que realmente cuando ya no estamos en capacidad de mover nuestros átomos del alma, porque han envejecido, entonces simplemente nos damos por vencidos y sobreviene entonces lo que llamamos la muerte.

Platón, el famoso Arístocles (su verdadero nombre) del siglo IV antes de Cristo, se ocupó muchísimo de la muerte en sus diversos Diálogos. Para él, morir es un aprendizaje. Todo ser, a través de la vida, aprende a morir. Durante toda la existencia, decía Platón, aprendemos a afrontar el momento de la muerte en el tránsito hacia la transmigración del alma, el alma que abandona el cuerpo durante algunos años o durante algunos siglos, hasta que una vez que ha expiado alguna falta que parece haber cometido pueda regresar al mundo de las ideas, al mundo ideal, al topos uranus como lo llamaba Platón. Por lo

tanto, para Platón la muerte es el paso necesario, un paso fundamental, para que el alma transmigre, pase a otro cuerpo, se incorpore de alguna manera y pueda entonces cumplir su ciclo.

Y una cosa muy interesante, decía Platón, es que todo el sentido de la filosofía radica en prepararse para una buena muerte. Proclamaba que “filosofar quiere decir esencialmente, aprender a morir”: Aprender justamente a morir, cuando tengamos que morir. O sea, la existencia culmina en la muerte, que es, a su vez, el paso, que nos permite transmigrar. Nuestra alma transmigrará hacia un ser superior si es que hemos vivido una vida meritoria. Pero, si es que realmente no hemos aprendido a morir bien, ya que nuestra existencia no ha sido plena, o no ha sido suficientemente buena, nuestra alma transmigrará a un ser inferior, o sea, menos importante que el ser humano.

Epicuro era un gran filósofo griego, del siglo III antes de Cristo. Él plantea el tema de la muerte en forma muy directa. Se sabe que Epicuro es el representante más alto del Hedonismo filosófico, o sea, el placer como la máxima experiencia. El placer placentero, el placer agradable. Decía Epicuro que estamos en la vida para gozar, para hacer nuestra vida placentera, y que el gran enemigo del placer es el dolor. Por lo tanto, vivir consiste en ser placentero, en ser agradable, en hacer agradable nuestra existencia y luchar contra el dolor. Dolor significa daño. Hedone en griego, significa placer. Y decía entonces Epicuro: “No te asustes por nada”. Nada es tan importante como para asustarse. El placer es el principio y fin de la vida feliz. Somos felices cuando tenemos una vida placentera y somos desgraciados cuando realmente nuestra vida es dolorosa o dañosa. La muerte entonces, decía Epicuro, no espanta, no tenemos por qué espantarnos, no tenemos que temerla por ningún motivo. Porque cuando nosotros somos, no es ella. Y cuando es ella, ya no somos nosotros. Epicuro maneja el tema de la muerte con un enfoque banalizador. Una banalización del proceso de morir justamente fundamentado en su concepto del placer: que es el principio y el fin de la vida feliz. Y la muerte es, digamos, la terminación del placer en ese momento ya no somos y, por lo tanto, no tenemos por qué tenerle miedo.

La muerte en el pensamiento medieval

El pensamiento medieval, aunque históricamente dominado por la filosofía cristiana, fue coadyuvado también por la teología judía y la teología islámica. La influencia de esta filosofía teológica, sitúa a la muerte como parte integral, como algo que realmente pertenece a la vida humana. La muerte es necesaria para trascender hacia otra dimensión de la vida, o sea, a la dimensión del espíritu, la vida del espíritu, la vida después de la muerte, la vida trascendente. Por ello entonces se consideró a la muerte como una fiesta, un espectáculo, motivo conjunto de regocijo y de recogimiento. Muchas veces se asistía a los momentos postreros del moribundo y su partida era celebrada con regocijo, con alegría, porque esa alma iba a ir al cielo o iba a trasladarse a otra realidad superior, a aquella donde su existencia iba a ser mucho más plena que aquí en la Tierra.

Las influencias primordiales de este pensamiento medieval donde la muerte era algo fundamentalmente positivo, estaba justamente en el pensamiento del Tomismo (Tomás de Aquino), y el escolástico en general, que sostenían la idea absolutamente esencial y absolutamente fundamental, de que esta vida es una jornada de paso y que la vida definitiva es la vida eterna. El espíritu es eterno y, por lo tanto, nuestra alma va a gozar de la vida eterna, justamente cuando deje esta vida terrena que no es la definitiva.

Esta concepción de la muerte atraviesa la filosofía espiritualista hasta el día de hoy. En el pensamiento espiritualista, el espíritu es la patria final del alma o, por así decirlo, la patria final del ser humano y de su ánima (alma).

La muerte en el pensamiento moderno

La filosofía racionalista, sobre todo con Descartes (Cartesius), y el Cartesianismo del siglo XVIII, considera que el cuerpo y el alma son dos sustancias diferentes, convergentes y unidas en un solo punto, la glándula pineal, donde generalmente se produce entonces la conexión trascendental. El alma según Descartes, no es la que de alguna manera anima al cuerpo. El cuerpo está animado por sí mismo, pero es el alma la que organiza los movimientos del cuerpo,

a la manera de un director de orquesta. Entonces, para Descartes, para Cartesius y el cartesianismo, la muerte no es sino un deterioro definitivo de la máquina corporal que deja de funcionar, y, por lo tanto, el alma ya no tiene porqué organizar nada ni dirigir nada. No existe pues en la filosofía de Descartes la idea de la trascendencia, del alma yendo al momento de la muerte fuera del cuerpo hacia otra dimensión; simplemente la dicotomía deja de ser. Es también, igual que los postulados de Demócrito, una concepción mecanicista o maquinista de la muerte. Tal el pensamiento racionalista del siglo XVIII tan importante para la cultura filosófica occidental.

Por su lado, el gran filósofo panteísta Spinoza, Baruch de Spinoza, también del siglo XVIII, decía que la única realidad es Dios. El mundo es Dios y Dios es el mundo. Panteísmo significa eso. La metáfora Spinoziana entonces es muy interesante, la metáfora del océano. El océano es Dios y el mundo, el gran océano cuyas olas son todos los fenómenos y todos los seres del mundo. En ese océano la muerte es simplemente el paso de una ola a otra, dentro de la inmensidad divina que es también el mundo. Por lo tanto, al morir, pasamos de un lado a otro en el mismo océano. O sea, no morimos o, mejor, morimos pero sin morir, porque permanecemos, en el océano infinito que es Dios y el mundo. Un cambio de situación en el Dios-mundo, planteamiento típico del panteísmo. Spinoza es uno de los filósofos más importantes en este momento, inspiró nada menos que a Einstein, en su concepción sobre el mundo y el universo.

El filósofo Friedrich Nietzsche, del siglo XIX sostiene que la muerte es todo lo que se opone a la vida. O sea, la muerte es la anti-vida, lo que se opone a la potencia del esplendor de la vida y, por lo tanto a los valores de la vida. Tal el vitalismo Nietzscheano, los valores de la vida que son la fuerza, el dominio, la crueldad. Porque la vida es fuerte, dominante, es cruel, nos golpea una y otra vez, opuesta a la muerte cuyas rasgos son los contrarios, la debilidad, el sometimiento, la mansedumbre. Y allí viene la feroz crítica de Nietzsche contra el cristianismo, que según él proclama la mansedumbre y el sometimiento. Por lo tanto, para Nietzsche los valores de la muerte realmente nos hacen daño como miembros de la

cultura occidental, nos han deprimido como sociedad y como cultura, por lo que plantea la necesaria inversión de la tabla de valores de Occidente: la transmutación, poner los valores de la vida arriba y los valores de la muerte abajo. Esta perspectiva es totalmente distinta a lo que sucede ahora con valores de muerte como mansedumbre, sometimiento, debilidad, arrepentimiento, posicionados arriba por culpa del cristianismo, en tanto que los valores de la vida son mal vistos. Dios ha muerto, proclama Nietzsche, y ha sido sustituido por el súper-hombre, el supra-hombre, que representa todos los valores de la vida en su máxima expresión. Nietzsche ha sido un pensador que ha influido mucho en el siglo XX como todos sabemos.

La muerte en la filosofía actual

En la filosofía existencial del siglo XX, el tema de la muerte está omnipresente. Es el más importante, el tema permanentemente anotado, permanentemente descubierto, permanentemente expresado. Así por ejemplo, Heidegger el filósofo alemán, habla del Dasein el "ser allí", el ser humano es un ser allí, un ser lanzado al mundo con el designio de morir. Somos para no ser, somos para morir, por lo tanto el ser, nuestro ser realmente no tiene sentido. El sentido de la existencia es solamente la muerte. O sea, la nada. La muerte entonces es una nada existencial que proyecta su sombra sobre toda la existencia. Esta existencia es un camino, un paso hacia la muerte, hacia la nada. La existencia del "ser allí" entonces es aniquilante, anonadante, nada. O sea, estamos caminando permanentemente hacia la nada y mientras más caminamos, más nos acercamos a la nada o al no ser. Es decir, a la muerte.

La existencia entonces, según Heidegger es un puente tendido entre dos nadas y rodeado por la nada. Un pensamiento terriblemente negativo y terriblemente pesimista. La angustia existencial la famosa angst, concepto alemán que se puede también traducir como miedo o temor, es entonces lo que prima. La angustia existencial está permanentemente presente, es la esencia de la existencia, es consustancial con la existencia, porque estamos caminando indudable y permanentemente hacia la nada, hacia el morir, hacia la muerte. De tal manera que la existencia resulta ser

un absurdo, un viaje hacia la nada. De allí emerge entonces la angustia como el elemento, el sentimiento absolutamente fundamental de la existencia. Y quién plantea esta posición de modo mucho más grave y dramático es Jean Paul Sartre.

Sartre, el filósofo francés existencialista por excelencia, habla del muro: El Muro es el título de una de sus obras más importantes, el muro es el fin de la existencia. La existencia se topa con el muro, es simplemente el rebote y allí se acaba. Más allá del muro no existe nada, o mejor, es la nada absoluta, la nada total. Sartre reafirma, con mucho más vigor, el punto de vista de Heidegger, de que la existencia es un absurdo. Absoluto y pesimista que solamente genera sentimientos negativos. La Náusea, es una de las grandes obras de Sartre y él escribe también sobre el Tedio, y la Desesperanza. El Tedio, o sea, el hastío frente a una existencia que no tiene sentido y la desesperación o la Desesperanza porque no hay absolutamente nada qué hacer. Terminamos en el muro de todas maneras.

Son todas estas, una serie de posturas frente a la muerte y también frente a la vida en la filosofía actual. Los existencialistas hablan, no de la vida, sino de la existencia y lógicamente la existencia es la vida del hombre. Nietzsche, por ejemplo, no habla de existencia, habla de vitalismo, porque para él la vida es lo fundamental, la vida es lo esencial. La vida es

la que realmente genera todo aquello, todo aquello que es.

Conclusiones

Al final, la muerte sigue siendo entonces, como se dijo al comienzo, un problema y un misterio, no necesariamente resueltos por las posturas de estos grandes pensadores que han querido elaborar el tema de la manera más adecuada posible. Por decirlo de alguna manera, ellos se han topado con el problema, y sobre todo, con el misterio.

Para terminar, retorno a Marcel cuando sostiene que en filosofía, en el pensamiento filosófico tenemos que tratar de distinguir entre lo que son problemas y lo que son misterios. El problema es algo que se nos pone por delante como una piedra en el camino pero que podemos sortearlo y podemos entonces avanzar. El problema es posible de resolver. El misterio es una niebla, una niebla que de alguna manera nos rodea no nos deja ver y que no podemos sortearla. No es una piedra en el camino, ya que mientras caminamos seguimos inmersos en la niebla.

En el caso de la muerte tenemos quizás, una de las pocas realidades en donde la muerte es a la vez un problema y un misterio. Yo diría que es más misterio que problema a pesar de la sabiduría de los grandes filósofos a través de los siglos.